

que estaban se pusieron á seguir el bergantin en que iba preso el príncipe. Parece que el combate no tenia mas objeto que llamar la atencion del enemigo y proteger la fuga del monarca.<sup>23</sup>

Sandoval luego que supo la prision de Cuauhtemotzin, se acercó á la nao en que venia y mandó al capitán que se lo entregase; pero éste reclamó su presa: se trabó una disputa entre ambos, porque uno y otro querian alcanzar la gloria de aquel hecho, y quizá tambien la de recordarlo en su escudo de armas; Cortés que supo la disputa desde la azotea donde habia permanecido y sabido la prision de Cuauhtemotzin, dió órdenes al punto de que le trajesen al real prisionero y mandó decir á los dos contendientes que él ajustaria su disputa.<sup>24</sup> Al mismo tiempo les encargaba que tratasen al prisionero con respeto. Hizo despues los preparativos para recibirle: mandó tapizar la azotea con esteras y alfombras carmesies, y se preparó una mesa con manjares, de los que tenia gran necesidad el azteca.<sup>25</sup>

Su india querida D<sup>a</sup> Marina concurrió en clase de intérprete: ella que le habia acompañado en todos los azares y desgracias de la guerra, debia acompañarle ciertamente en su triunfante terminacion.

Cuando desembarcó Cuauhtemotzin lo escoltó una compañía de infantería hasta la habitacion del general. Subió á la azotea con paso firme y grave, y se le distinguia fácilmente de todo su acompañamiento, no obstante que sus rasgados ojos ya no centelleaban con su acostumbrado fuego, y que todo su semblante tenia un aire de abatimiento y resignacion que se

<sup>23</sup> En cuanto á la noticia que he dado de la prision de Cuauhtemotzin, véanse, aunque tienen algunas discrepancias, á los autores siguientes: Cortés, *Relac. Terc.*, pág. 299. Gonzalo de Las-Casas, *Defensa, MS.*, Oviedo, *Hist. de las Ind.*, *MS.*, lib. 33, cap. 30. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4, cap. 101.

<sup>24</sup> Segun Bernal Diaz, el general reprendió severamente á sus dos oficiales por una contienda tan inoportuna, y les recordó los peligrosos efectos de otra reyerta semejante, entre Mario y Sila, con respecto á Yugurta. (*Hist. de la Conq.*, cap. 156.) Este rasgo de pedantería, parece ser mas bien del antiguo cronista, que no del general. El resultado final fué que el emperador no concedió á ninguno de los dos contendientes, sino á Cortés, que recordase aquel memorable suceso en su escudo de armas, poniendo en la orla de dicho escudo una cabeza de Cuauhtemotzin y de otros siete prisioneros.

<sup>25</sup> Sahagun, *Hist. de Nueva-España, MS.*, lib. 12, cap. 40.

avenia poco con el espíritu feroz é indómito que le animaba interiormente. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados y su complecion toda, mas hermosa que la de la generalidad de sus bronceados compatriotas; finalmente sus modales eran sumamente suaves é insinuantes.<sup>26</sup>

Cortés se adelantó con estudiada urbanidad á recibirle: probablemente el azteca le conocia, porque fué el primero en romper el silencio, diciendo: "He hecho cuanto podia por defenderme á mí mismo y por defender á mi pueblo; pero me veo traído á la condicion en que estoy; vos, Malintzin, podeis hacer de mí lo que querais." En seguida llevando la mano al mango de un puñal suspendido del cinturon del general, añadió con vehemencia: "Mas bien matadme con este y quitadme de una vez la vida."<sup>27</sup> Cortés lleno de admiracion al ver el altivo porte del jóven monarca que mostraba en la desgracia un esfuerzo digno de un héroe romano, le replicó: "no temais: sereis tratado con honor: habeis defendido vuestra capital como un valiente, y los españoles respetan el valor donde quiera que lo encuentran."<sup>28</sup> En seguida le preguntó dónde habia dejado á la princesa su muger, y habiendo dicho que se habia quedado á bordo del bergantin bajo la custodia de los castellanos, mandó que la tragesen á su presencia.

Era esta la hija mas jóven de Moteuczóma, y apenas habia llegado á la época de la nubilidad. Cuando subió al trono su

<sup>26</sup> Para retratar á Cuauhtemotzin, me valdré otra vez del fiel pincel de Bernal Diaz, quien lo conoció perfectamente, á lo menos conoció su persona. "Cuauhtemotzin era de muy gentil disposicion así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecia que cuando miraban que era con gravedad y halagüeños, y no habia falla en ellos; y era de edad de veintitres ó veinticuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos." *Hist. de la Conq.* cap. 156.

<sup>27</sup> "Llegóse á mí y díjome en su lengua: que ya el habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse así y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y matase." (*Relac. Terc.* pág. 300.) La narracion respetable del conquistador, es confirmada por Diaz, el cual parece que no habia visto la carta del primero. *Hist. de la Conq.* cap. 156.

<sup>28</sup> *Ibid.*, ubi supra, Oviedo, *op. cit.* cap. 48. Martir (*D. Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8) el cual con el epíteto de magnánimo regi, esplica la admiracion que el varon tan esforzado, Cuauhtemotzin, escitó en la corte de Castilla.

primo Cuauhtemotzin, le habia sido ofrecida por legítima muger.<sup>29</sup> Era famosa por su hermosura, y la bella princesa Tecuichpo es todavía recordada por los españoles, porque de ella descendieron despues de la muerte de su primer marido, algunas de las mas ilustres familias de España.<sup>30</sup> Recibióla atentamente Cortés, quien la hizo todas las distinciones y honores debidos á su alta calidad! Seguramente su cuna era otro motivo de interes para el conquistador, quien difícilmente podría ver sin arrepentimiento á la hija del infortunado Moteuczóma. Invitó á sus reales prisioneros á que se sentasen á la mesa á tomar un refrigerio de que tanto necesitaban. En el entretanto tomó sus disposiciones para aquella noche: mandó á Sandoval que escoltase á los prisioneros á Coyoacan, á donde le seguiria él inmediatamente: á los otros capitanes, Olid y Alvarado, les mandó que replegaran sus tropas á sus cuarteles respectivos, pues era imposible permanecer en la capital, infestada por las emanaciones pútridas de la multitud de cadáveres insepultos.

Quedóse solamente una pequeña guardia encargada de mantener el orden en los arrasados suburbios. La hora en que Cuauhtemotzin se rindió fué la de las tres de la tarde,<sup>31</sup> y el sitio se debia tener por terminado desde aquel momento. Llegó la noche y comenzó á caer la lluvia ántes de que las tropas hubiesen evacuado la ciudad.<sup>32</sup> En la noche se desató una tremen-

<sup>29</sup> D. Juan Cano en su conversacion con Oviedo, describe las ceremonias que distinguan el matrimonio con la muger legítima del con la concubina. Segun esto, parece que la única descendencia legítima que dejó Moteuczóma, se reducía á un hijo y una hija, esta misma princesa. V. Apéndice, part. II, núm. 11.

<sup>30</sup> El que quisiere ver mas largas noticias sobre la hija de Moteuczóma, puede consultar el lib. VII, cap. III de esta historia.

<sup>31</sup> Este acontecimiento es, ó mejor dicho, era celebrado todos los años en tiempo de la dominacion española, con una solemne procesion por las calles de la ciudad. Verificábase el 13 de Agosto, aniversario del día de la rendicion, y la formaban los principales nobles y ciudadanos, montados á caballo, con el virey á su cabeza, y llevaban el venerable pendon del conquistador.

<sup>32</sup> Toribio, *Hist. de los Ind.*, MS., lib. 3, cap. 7. Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 42. Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 156.

“E así preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, á la cual plugó á Dios nuestro señor dar conclusion, Mártes, día de Santo Hipólito, trece de Agosto de mil y quinientos veintiun años; de manera que desde el día que se puso cerco á la ciudad

da tempestad cual nunca habian visto otra los españoles, de esas que solo se conocen en los trópicos. El trueno retumbando en las murallas de pórfido que circuyen el valle, se propagaba por los desiertos lagos, y sacudia hasta en sus cimientos los teocallis y las pocas chozas que habian quedado en pié en la devastada Tenochtitlan. El relámpago parecia hendir y desunir las bóvedas del cielo, y su cárdeno fulgor alumbraba por un momento el hórrido cuadro para volver este luego á quedar envuelto en la mas tenebrosa oscuridad. La guerra de los elementos formaba concierto con las catástrofes de la ciudad. Parecia que las deidades de Anáhuac arrojadas de su antigua mansion, huian á lo lejos bramando y ahullando espantablemente, al abandonar á su destino la sojuzgada ciudad.<sup>33</sup>

Al dia siguiente al de la rendicion pidió Cuauhtemotzin al conquistador que permitiese á la poblacion de la ciudad salir de ella y pasar sin que la molestasen á tierra firme: á lo cual accedió Cortés de buena voluntad, porque sin esto no se podía dar paso á desinfestar la ciudad. Dió orden de que se permitiese la salida de la poblacion y prohibió á todos, españoles y aliados, que dañasen en lo mas mínimo á los aztecas ni les obstruyesen la salida. El número total de estos se hace subir de 30 á 70 mil, sin contar á las mugeres y niños que habian sobrevivido al acero, al hambre y á la peste.<sup>34</sup> Lo cierto es que

que fué á treinta de Mayo del dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días. . . .” (*Relac. Terc.*, pág. 300). No es fácil saber que es lo que ocurrió el 30 de Mayo, para decidir por qué ese día comenzó el sitio. Clavijero opina que ese día fué la ocupacion de Coyoacan por Olid; (*Stor del Messico*, tom. III, pág. 196). Pero yo no se en qué se funda. Ni Bernal Diaz, ni Herrera, ni Cortés, fijan esta fecha; por el contrario, Clavijero dice que Alvarado y Olid salieron de Teztcoco el 20 de Mayo y Cortés dice que el 10. Acaso el conquistador comienza á contar el sitio del día en que Sandoval ocupó la calzada del Norte y en que se completó el cerco: Bernal Diaz dice repetidas veces que el sitio duró tres meses, y es que seguramente él lo cuenta desde que la division de Alvarado á que él pertenecía, se situó en Tacuba.

<sup>33</sup> A lo que parece esto no interrumpió el sueño de los soldados, ensordecidos con el perenne ruido del sitio, que habia cesado enteramente. Diaz dice en su lenguaje familiar que se sintieron los españoles como si hubiesen salido súbilmente de un campamento donde por algunos meses les habia aturdido un no interrumpido repique.” *Ibid.*, ubi supra.

<sup>34</sup> Herrera, (*Hist. General*, dec. 3, lib. 2, cap. 7), y Torquemada, (*Monarch. Ind.*,

tardaron tres días en desfilar por las varias calzadas, formando un triste espectáculo.<sup>35</sup> Maridos y mugeres, padres é hijos, enfermos y heridos, todos se auxiliaban los unos á los otros para poder caminar lentamente; todos iban macilentos y flacos, medio desnudos y cubiertos de heridas, las unas recientes, las otras ya viejas y con el descuido ya corrompidas y pestilentes. Su estenuacion y rostro pálido y consumido publicaba la historia del sitio. Observábase que al pasar los dispersos restos al otro lado de la laguna, volvian el rostro de vez en cuando hácia el lugar ocupado en otro tiempo por la ciudad imperial, como para volver á ver otra vez un sitio que fué en otro tiempo su placentera mansion, y que traía á su memoria recuerdos tan queridos.

Luego que evacuaron la ciudad sus habitantes se tomaron medidas para desinfectarla á cuyo efecto se sepultó á los cadáveres amontonados en las calles públicas, y se encendieron luminarias que ardian de día y de noche, principalmente en el barrio de Tlatilolco. Es imposible formarse idea exacta del número total de los que perecieron en el sitio: los cálculos varían desde 120 mil que es el mas moderado, hasta 140 mil.<sup>36</sup> El número de españoles muertos es respectivamente

lib. 4, cap. 101), los regulan en 70.000; Ixtlilxochitl dice que 60.000 combatientes rindieron las armas. (Venida de los españoles, pág. 49.) Oviedo hace subir el número hasta 70.000. (Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 46.)

Si se tienen presentes las pérdidas que sufrieron durante el sitio, se verá que el número es enorme.

35 "Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos que era lástima de los ver." Bernal Diaz, cap. 156.

36 Cortés regula las pérdidas que sufrió el enemigo en los diferentes asaltos, en 67.000, que juntos con los 50.000 que calculaba perecerian de hambre y peste, hacen 117.000. (Relac. Terc., pág. 298, et alibi.) Pero esto es sin contar con los que perecieron antes de que se pusiese por obra el plan de arrasarse la ciudad. Ixtlilxochitl que rara vez permite que nadie le gane en esto de guarismos, hace subir el número de los muertos á 240.000, en los que estaba la nobleza azteca. (Venida de los españoles, pág. 5.) Bernal Diaz asienta con mas generalidad lo siguiente: "He leído la Historia del sitio de Jerusalem, pero dudo que en él haya habido la mortandad que en este, porque estaba reunido en la ciudad inmenso número de guerreros indios, de las ciudades y provincias inmediatas; la mayor parte de los cuales perecieron." (Hist. de la Conq., cap. 156.) "He conversado," dice Oviedo, "con muchos hidalgos y otras personas de las que allí se hallaron presentes, y les he oído decir que el número de los muertos fué

pequeño, aunque el de los aliados es bastante considerable, si es cierto como lo afirma Ixtlilxochitl, que solo compatriotas suyos perecieron 30 mil.<sup>37</sup> Pero lo que no se puede dudar es que fué inmenso el número de los que murieron dentro de la ciudad, si se considera que fuera de la cuantiosa poblacion propia suya, encerraba las de las ciudades convecinas, que temerosas de no poder resistir por sí solas al enemigo, habian refugiándose dentro de la capital.

El botin que encontraron en ella, esto es, el oro y joyas, única cosa que reputaban por botin los españoles, no correspondió á sus esperanzas. Segun asienta el general no ecse-dia de ciento treinta mil castellanos de oro, inclusa la parte del soberano, cuya parte metiendo en cuenta muchos artículos de costo y primor que voluntariamente le cedió al ejército, ecse-dia con mucho al quinto que legítimamente le pertenecía.<sup>38</sup> Sin embargo, los aztecas debian ser dueños de tesoros mucho mas cuantiosos, con solo que conservasen los restos de lo quitado á los españoles la noche triste. Parte de los despojos habia sido enviada fuera de la capital; parte, gastada en los preparativos de defensa; y finalmente, parte, y la mas considerable habria sido enterrada bajo de la tierra ó echada á las aguas. Las amenazas que hicieron no fueron fingidas, y por lo menos tuvieron el placer de dejar burlada la codicia de los invasores.

Cortés juzgó que ya no necesitaba de los aliados: reunió á los gefes de los diferentes escuadrones, les dió las gracias por sus servicios, encomió mucho su valor en términos lisongeros, y despues de distribuir entre ellos algunos regalos, les aseguró que su señor el emperador daria despues mas amplia recompensa á sus servicios, y les mandó á sus casas. Llevaban gran

incalculable, y mayor que el de los que perecieron en el sitio de Jerusalem descrito por Josefo. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.) Mas como el cómputo del historiador judío sube á 1,100.000, (Antigüedades de los judíos, traduccion inglesa, lib. VII, cap. XVII,) la comparacion debe parecer estupenda aun al mas crédulo. Pero se puede dispensar una aritmética inexacta, cuando los datos son tan desesnables que no ofrecen cimientó sólido á la verdad.

37 Ibid, ubi supra.

38 Relac. Terc., pág. 201. Oviedo entra en ciertos pormenores acerca del valor del tesoro y especialmente del real quinto, á lo que despues tendré ocasion de referirme. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 31.

cantidad de despojos, aunque no de los codiciados de los españoles, y volvieron en triunfo; ¡triunfo efímero! llenos de placer por el buen éxito de su expedición y por la caída de la monarquía azteca.

Grande fué también la satisfacción de los españoles al ver terminada tan larga y fatigosa campaña, si bien es cierto que les desagradaba ver el poco valor de los despojos; pero el soldado se ocupa demasiado en el día de hoy para pensar en el de mañana, de suerte que aunque se quejaban ahora más que nunca de la poca recompensa, pensaban únicamente en su triunfo y se entregaban al festejo. Cortés celebró la victoria con un banquete tan suntuoso como las circunstancias lo permitían, al cual convidó á todos los hidalgos y oficiales. El festín fué tan completo y largo que llegó á escitar las reprensiones del padre Olmedo, quien le manifestó que no era aquel el modo más conveniente de dar gracias al Altísimo por sus mercedes. Cortés, aunque conoció la justicia de la reconvencción, creyó que á la hora de la victoria debía ser indulgente con la licencia de los soldados. El día siguiente fué el designado para celebrar el triunfo de una manera más conveniente.

Formóse una procesión de todo el ejército presidida por el padre Olmedo. Las sucias y desgarradas banderas de Castilla que habían ondeado en tantos campos de batalla, ahora daban su sombra á las pacíficas filas de los castellanos que se movían á paso lento rezando la letanía y ostentaban la imagen de la Santísima Virgen, símbolo de la redención humana. El sacerdote pronunció un discurso en que recordaba brevemente los justos motivos que tenían los españoles para dar gracias á la Providencia Divina por haberlos sacado victoriosos de tan larga y peligrosa expedición; en seguida insistió en la grave responsabilidad que les hacía reportar su situación presente, y les suplicó que no abusasen de la victoria ni tratasen á los indios con crueldad. Administró en seguida la comunión al general en jefe, y concluida la misa rindió solemne acción de gracias al Señor de los Ejércitos, por haber permitido que la bandera de la Cruz, ondease vencedora en aquel bárbaro imperio.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*,

De esta suerte, después de un cerco de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, y al que pocos aventajan por lo que hace á lo terrible de sus padecimientos, sucumbió la celebrada capital del imperio azteca. Sin igual por la constancia y el valor, se ha dicho con verdad; porque aunque durante todo el sitio tuvieron abierta la puerta para celebrar la más honrosa capitulación, siempre la desecharon altivamente, y hasta el último hombre prefirió la muerte más bien que rendirse. Más de tres centurias habían pasado desde que los aztecas, tribu errante y miserable había venido del lejano septentrion y había asentado en la mesa central. Allí edificaron sus humildes chozas, según nos refiere la tradición, en el sitio designado por el oráculo. A fuerza de conquistas arrojaron á sus vecinos, cubrieron todo el valle, hasta que salvando las montañas que lo ciñen se esparcieron por toda la extensión de la mesa, bajaron su encumbrada falda y llegaron hasta los remotos confines de la América Central. Su capital, oscura y miserable al principio, prosperaba al paso de la victoria y ensanchándose y embelleciéndose cada día más y más llegó á ser una ciudad floreciente, llena de edificios notables, de monumentos de las bellas artes, y ocupada por populosos habitantes que la elevaron al lugar preeminente entre las demás del Nuevo-Mundo. ¡En tal situación llega del lejano Oriente una raza nueva, tan extraña como los mismos aztecas y predicha por sus oráculos; aparece en el centro del imperio: lo ataca cuando estaba en el apogeo de su prosperidad y de su gloria, y lo hace desaparecer para siempre del número de las naciones! ¡Tales maravillas parecen más bien pertenecer á la fábula que á la historia; parece que son una novela; un cuento de hechiceros y encantadores!

Más no lamentemos la caída de un imperio que tan poco hacía en pró de sus súbditos y de toda la humanidad. No obstante el lustre de los últimos tiempos de su historia, y la fama que les han ganado la gloriosa defensa de su capital, la culta munificencia de Moteuczóma y el indómito heroísmo de Cuauh-

cap. 156. Sahagún, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 42. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochill, *Venida de los españoles*, págs. 151, 152.

temotzin, los aztecas eran una raza feroz y brutal, poco á propósito para escitar nuestras simpatías y respeto. Su civilización, la que les hemos conocido, acaso no era suya propia, sino débil reflejo de la de otra raza que les habia precedido. Esa civilización era con respecto á los aztecas, un buen ingerto en mal tronco, y nunca habria dado frutos perfectos. Gobernaban sus estensos dominios con la espada y no con el cetro: nada hicieron por promover la condicion abyecta de sus vasallos: estos se encontraban reducidos á la clase de siervos sin mas oficio que proporcionar á sus amos contentamiento y placeres; sojuzgados por el temor de las armas; agobiados bajo el peso de las gavelas en la paz, y de las conscripciones en la guerra: ellos, que en lo estenso de sus conquistas se asemejaban á los romanos, no estendian como estos á sus súbditos los derechos de la ciudadanía; no amalgamaban á todos los pueblos sojuzgados en una sola nacion con derechos é intereses comunes, sino que por el contrario, tenian por bárbaros y extraños, aun á aquellos mismos que estaban dentro del valle y á las puertas de la metrópoli: esta, el corazon de la vasta monarquía no tenia simpatía ninguna con el resto del cuerpo político, y era estrangera dentro de sus propios dominios.

Los aztecas no solamente no fomentaban el adelantamiento de sus vasallos, sino que hasta cierto punto los degradaban. ¿Cómo podia una nacion progresar en el camino de la civilización, si se entregaba á sacrificios humanos y ademas de esto era antropófaga? ¿Cómo se habia de ver por los intereses de la humanidad en un pueblo donde el hombre era nivelado con el bruto? La influencia de los aztecas propagó su horrible supersticion á países en que era desconocida ó en que por lo menos no prevalecia en todo su vigor. El ejemplo de la capital era contagioso: conforme fué creciendo en opulencia, las bárbaras ceremonias de la religion fueron creciendo tambien en pompa y terrible grandeza; á la manera que los juegos gladiatorios en Roma, fueron siendo cada vez mas espléndidos conforme crecia en esplendor la capital. Los hombres se habituaban con escenas sangrientas y con las mas horribles ceremonias. El corazon se encallecia, las costumbres se volvian feroces y la débil luz de la civilización heredada de una raza

mansa y pacífica, se debilitaba mas y mas, mientras mas millones de víctimas eran encadenadas en las jaulas, inmoladas en los altares y devoradas en los banquetes. ¡Toda la tierra se habia convertido en una vasta hecatomba! Ya se vé, por lo tanto, que el imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.

Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuviesen como justo título para invadir la tierra; fuese que, discurriendo con los protestantes, encontremos ese título en los ultrajados derechos de la civilización; fuese que con los católicos romanos, lo encontremos en la voluntad del Papa, es inútil discutir bajo qué aspecto se defendia la legitimidad de la conquista por las naciones europeas ya en Oriente, ya en Occidente, pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

Es todavía mas interesante investigar si, dando por sentada la legitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo á los principios de humanidad, y entonces veremos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos y con la relajacion de sus costumbres, cualquiera español que ame á su patria querria de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden justificar ni con el derecho de defensa ni con la necesidad, y que por lo mismo serán una mancha indeleble. Sin embargo, considerada en su conjunto, desde la invasion hasta la toma de la capital, se verá que la conquista de México fué llevada respectivamente con poca inhumanidad, tal vez con menos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el nuevo mundo.

Poca alabanza me parece, decir que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir á sus miserables víctimas como sucedió en otras partes del continente, ni esterminaron á una pacífica y sumisa poblacion, por mera crueldad absolutamente inútil, como sucedió en las Islas. Es verdad tambien que no estaban contagiados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre sino cuando era estrictamente indispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aun en el último sitio de la capital por muy terrible que haya sido, no se puede acusar á los vencedores de desusada crueldad; no han gastado mas que la que su propia na-

cion ha recibido de otras bastante cultas, no solo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmanes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse ésta confinada en su legítimo campo, se estiende á la parte pacífica de la sociedad, á los campesinos no acostumbrados á las armas, y á las mugeres y niños aun todavía mas indefensos.

En el presente caso gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputárseles á ellos mismos, á su patriótica y desesperada resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudad ni exterminar á sus habitantes; y lejos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de éstos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de conciliacion, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban á los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulacion les estuvieron abiertas á los aztecas, siempre, hasta el último momento del sitio.

El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan á ese derecho, y ciertamente que si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrían tenido que abandonar la toma de la capital y la sujecion de todo el pais. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca, habria sido prolongar los males de la guerra llevándola á otro nuevo teatro, tal vez mas inaccesible; de suerte que ellos realmente no tenían otra cosa que hacer si querían que la empresa no se malograra. Si bien se aterra la imaginacion al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar por otra parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo excesivo de la crueldad de los conquistadores no puede medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y aun es de justicia decir: que el brillo y la importancia de las hazañas heroicas de los conquistadores de México ha adquirido cierta triste celebridad que ha realzado sus yerros y crímenes, aun mas de lo que era debido.

Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido, que

aunque no escusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al traves de los males que la guerra trae consigo inseparablemente.<sup>40</sup> Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos cuyos triunfos quiere circundar con una aureola de falsa gloria; pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos armando al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

Pero de cualquiera modo que se considere á la conquista bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado á las playas de un imperio poderoso habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando á las prohibiciones reiteradas del soberano, hayan penetrado hasta el corazon del pais, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guia ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrían que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban á dar inmediatamente los pondria en tierra enemiga ó en un desierto, caminando en completa oscuridad por decirlo así; que aunque casi derrotados en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarse sin vacilar en medio de los enemigos; que lejos de amedrentarse al ver el poderío y civiliza-

<sup>40</sup> Nadie ha detractado tanto á los conquistadores, como sus descendientes los actuales mexicanos. Bustamante, el editor de *Ixtlilxochitl*, concluye una animada invectiva contra los invasores, proponiendo que en el sitio donde fué cogido Cuauhtemotzin, que ahora es tierra firme, se erija un monumento que como lo dice la inscripcion misma entregue la odiosa memoria de estos bandidos á la execracion universal. (Venida de los españoles, pág. 52, nota.) Cualquiera supondria que en las venas del indignado editor y en las de sus compatriotas, corre sangre azteca pura y no contaminada con sangre castellana; ó por lo menos, que sus simpatías por la raza castellana, les habrán hecho apresurarse á reintegrar en sus antiguos derechos á los aborígenas. Pues sépase que no obstante estos raptos de generosa indignacion en que abundan los escritos de los autores mexicanos de nuestros dias, ni la revolucion de independencia, ni ninguno de sus numerosos pronunciamientos ha resultado en beneficio de los indios, ni ha servido de que se les devuelva un solo palmo de su antiguo territorio.